

Homilía por los 77 años de fundación de la PUCE (mt 5,13-16)

Fernando Ponce León, 7 noviembre 2023.

Hermanos y hermanas: “ustedes en otro tiempo fueron tinieblas; pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad”.

Esta potente exhortación que San Pablo dirigió a los cristianos de Éfeso hace dos mil años también nos concierne, especialmente en estos días en que celebramos 77 años de servicio al país de nuestra universidad.

San Mateo dice lo mismo cuando nos pide que nos mostremos, que nos hagamos ver, que brillemos para que la gente nos vea y, viéndonos, reconozca a Dios.

Si bien cada uno puede, y debe, referir este mensaje de Jesús a su vida personal, hoy me pregunto cómo una universidad como la nuestra puede ser luz para el mundo, cómo puede ser sal en una sociedad desabrida.

Me animo a decir que la universidad sí puede ser luz para el mundo si pone atención a ciertas condiciones que resumo en tres palabras claves: valor, testimonio y desapego.

Por “valor” no digo valentía, aunque algo de eso siempre cae bien. Me refiero al hecho que la primera condición para mostrar y mostrarse es tomar consciencia del valor de lo que somos y hacemos.

El filósofo argentino Arturo Andrés Roig, que enseñó en nuestra universidad en los años 80, decía que un principio fundamental para hacer filosofía en América Latina era el a priori antropológico, es decir “el ponernos a nosotros mismos como valiosos y valer para nosotros”. De la misma manera, si vamos a hacer trabajo universitario en la PUCE hemos de partir de este a priori: tenemos a cargo una propuesta educativa valiosa, y por esto, vale la pena ponerla en lo alto de una colina para que todos la vean, la deseen y se beneficien de ella.

Nuestra propuesta es valiosa porque apunta a la formación integral, no únicamente intelectual, porque considera la educación superior como un



bien público, no una mercancía, porque tiene sentido transformacional, no meramente profesionalizante, y porque se ofrece a la mayor cantidad posible de personas, algo muy distinto del elitismo que caracteriza ciertas concepciones sobre lo que la educación superior debería ser.

El segundo término que quiero mencionar es el del testimonio. Lo característico de un testigo, aquel que da testimonio, es que habla de lo vivido, no de lo leído o sabido. Esto no quiere decir que el testigo carece de saberes o conocimientos, sino que relaciona con su experiencia vital lo que hace, aprende y sabe, y desde allí habla.

Precisamente por esto, el P. Aurelio Espinosa Pólit, fundador de la PUCE, en 1951 eligió como lema de nuestra universidad esta frase del libro Hechos de los Apóstoles 1, 8: “seréis mis testigos”. Con esto nos quiso decir que los universitarios hemos de hablar y actuar a partir de lo que vitalmente nos constituye.

¿Y qué nos constituye? Ciertamente los valores éticos y las convicciones religiosas, y por eso el testimonio generalmente se asocia con la moral y la fe. Pero en los universitarios que somos también cuentan los saberes y conocimientos que intentamos gestionar de muchas maneras.

Ahora bien, este aspecto intelectual del testimonio o este aspecto testimonial del conocimiento quiere decir, en mi opinión, que no basta con transmitir conocimientos recibidos; el testigo universitario también debe producir conocimiento propio y compartirlo, si no siempre, sí de tanto en tanto.

Así como de un creyente esperamos que nos diga: “les hablaré de Jesucristo porque lo he conocido” – pues no hay otra manera de hablar sobre El Señor – de la misma manera esperamos, al menos yo, que el intelectual universitario de tanto en tanto nos diga “hoy les hablaré de lo que pienso e investigo, no solo de lo que otros piensan o investigan”.

La tercera palabra que relaciono con el llamado a ser luz para el mundo es el desapego. Supongamos que hemos caído en la cuenta del valor de nuestra propuesta universitaria en relación con otras propuestas del medio. Supongamos también que no solo la conocemos, sino que también



tratamos de aplicar en nuestras vidas sus valores y principios, y que la alimentamos y recreamos con nuestra propia búsqueda intelectual. Nada ganamos, sin embargo, si seguimos apegados a las viejas maneras de hacer las cosas, a esas costumbres obsoletas que rápidamente justificamos llamándolas “cultura institucional” y que impiden el libre fluir de lo nuevo y valioso que vamos descubriendo.

He hablado de desapego, pero también hay que saber apegarse, o sea, afectarse por el fin – en lenguaje de San Ignacio – y desafectarse de los medios cuando estos no nos conducen al fin que queremos.

Hermanos y hermanas: hoy hemos escuchado en el Evangelio de Mateo que “No se enciende una lámpara para ponerla debajo de la mesa, sino sobre el candelero, para que alumbre a todos los que están en la casa”.

Sin consciencia del valor de lo que somos y hacemos, siempre nos veremos como una mesa más entre otras, quizá algo diferente en color y forma, pero nunca un candelabro portador de una luz destinada a brillar.

Sin actitud testimonial, nunca seremos verdaderamente luz, sino mero reflejo de la luz de otros que investigan, dicen o hacen lo que nosotros secretamente envidiamos.

Sin desapego de lo obsoleto solo seremos luz bajo la mesa, porque allí siempre estuvo la mesa y allí siempre estuvo el candelabro.

Pero lo más importante de todo, y con esto concluyo, es la finalidad última de ser luz para el mundo. “Brille así la luz de ustedes delante de los hombres, para que vean sus buenas obras y glorifiquen a nuestro Padre que está en los cielos”.

Si la universidad se esfuerza por ser luz ante el mundo – “faro radiante de ciencia”, nos llama nuestro himno – es solamente para la mayor Gloria de Dios. En Él radica nuestra fuerza, en Él está nuestra esperanza.